

Torre Villar, Ernesto de la. *El arte de ilustrar en México. 1920-1999. Diseño de Diana López.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 1999, 364 p. ISBN 968-36-7949-8

Cuando en el invierno de 1999 tuve por primera vez entre mis manos *El arte de ilustrar en México*, me apresuré a decir al autor que había escrito un libro doblemente envidiable, pues se trata de una obra que como autores quisiéramos escribir. Como lectores y espectadores, deseábamos que existiera. Semejante trabajo no es extraño en la fecunda y variada labor bibliográfica realizada por Ernesto de la Torre Villar. Desde antes de ser vecino suyo en El Olivar, cada vez que leía el sitio donde sigue fechando sus escritos, lo imaginaba como el perfecto bibliógrafo. Lo he visto detenerse ante el más humilde puesto de libros de segunda donde, con ojo educado, sabe localizar la joya ignorada por otros, aunque el hallazgo signifique una amenaza inmediata para su patrimonio.

Supongo que, como buen bibliófilo, comparte con mi padre, su colega y amigo, la culpa del que llega a casa con un nuevo cargamento de criaturas a las cuales también hay que dar

techo, comida y sustento. Ernesto de la Torre es un auténtico hombre de libros porque sabe que son seres vivientes cuyo trato requiere de amor, sabiduría e inteligencia. Es un infatigable y novedoso investigador porque, no obstante su notable trayectoria, conserva el asombro y la frescura del *amateur*, que en su estricto significado es el amateur desinteresado, el que se aproxima a su objeto de estudio por el deslumbramiento enamorado. En *El arte de ilustrar en México*, la monumental obra publicada por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México, el maestro De la Torre corona una larga serie de obras dedicadas al conocimiento bibliográfico de México, y en particular al arte del libro. De una larga lista cabe recordar *Breve historia del libro en México*, *La Biblioteca Mexicana de José Eguiara y Eguren*, *Ex libris y marcas de fuego*.

De acuerdo con el *Diccionario de autoridades*, ilustrar significa "dar luz

o aclarar, ya sea materialmente, ya en sentido espiritual de doctrina o ciencia". En uno de sus libros mayores, Ray Bradbury habla sobre el hombre ilustrado, un personaje cubierto enteramente de tatuajes que cobran vida para revelar a los espectadores terribles y fascinantes historias. Semejante metáfora puede aplicarse al libro del maestro De la Torre. Los 23 artistas estudiados en el libro han sido o son, cuando tenemos el privilegio de aún contar con ellos entre nosotros, cronistas de la línea, artífices de expresiones resumidas en el trazo maestro. Su aventura plástica ha sido hermana estrecha de la odisea del libro, ese vehículo concientizador y educador, pero también ese objeto que los maestros impresores han elevado a la categoría de obra de arte. Esta empresa recuerda la que realizaba cuidadosamente uno de los artistas incluidos en el libro, Gabriel Fernández Ledesma, quien además diseñó e ilustró, desde las capitulares y las ilustraciones hasta la elección de la caja y los tipos, varias obras de su hermano Enrique.

De ahí la importancia de resaltar las bondades tipográficas de este libro. Su generosa caja, el tono marfilino del papel, su peso adecuado, la variedad de tipos, las guardas de papel fabriano y la encuadernación en tela rinden homenaje justo a la aventura gráfica de los ilustradores mexicanos. El esmero en presentar dignamente, incluso espectacularmente, los trabajos y los días de nuestros artistas, es un home-

naje a quienes han mantenido una estrecha colaboración con los libros universitarios. Pienso en las numerosas viñetas que Julio Prieto hizo para la Biblioteca del Estudiante Universitario, para muchos universitarios el intérprete por excelencia de la que Edmundo O'Gorman llamara "auténtica enciclopedia mexicana". En la estilización del escudo universitario que hizo Francisco Moreno Capdevilla para la *Bibliotheca Graecorum et Romanorum Mexicana* y, por supuesto, en ese orgullo tipográfico salido de la Imprenta Universitaria, *Arte indígena en México y Centroamérica*, escrito e ilustrado por Miguel Covarrubias.

El libro de Ernesto de la Torre vuelve a poner sobre el escenario el dilema entre el artista como creador y el ilustrador como intérprete. El autor se adelanta al afirmar rotundamente que los artistas incluidos en este libro son "seres excepcionales que transforman el pensamiento en belleza." Comparto y defiendo tal argumento. Quienes leímos los cuentos tradicionales ilustrados por Adrienne Ségur no podemos hacerlo sin evocar sus imágenes y representaciones. Aunque Lewis Carroll hizo las ilustraciones iniciales de la primera versión de su famosa *Alicia*, decidió dejar la interpretación gráfica de sus aventuras en las manos más aptas de John Tenniel. Hoy, nadie puede pensar en otras imágenes si no son las de Tenniel para identificar la escritura de Carroll.

Tanto en su erudito estudio introductorio como en las prolijas monografías

dedicadas a cada uno de los artistas, Ernesto de la Torre hace un elogio y defensa del ilustrador como contador de historias y como hacedor de Historia. La imagen imprime en nosotros su poderosa huella, sobre todo en tiempos de realidad virtual. Desde su llegada a la tierra el hombre quiere, antes que la escritura, dejar testimonio de su paso mediante el trazo instintivo hecho por su primera e inmediata herramienta. El maestro ilustrador de libros no olvida esa sencilla y difícil lección de sobriedad. Decir mucho con poco es la lección del trabajo de los artistas presentes en este libro. Decirlo tan vigorosamente que las imágenes se incorporen al imaginario colectivo. Un editor profesional a quien se solicite una imagen de la entrada triunfal de Benito Juárez a la capital, luego de su triunfo sobre la Intervención y el Imperio, acude inmediatamente al grabado de Alberto Beltrán, el mejor traductor de nuestros héroes, el que en sus dibujos de trazo limpio y virtuoso ha logrado darles la personalidad que tuvieron en su drama íntimo y en el escenario más vasto de la Historia. Así como en el siglo XIX Casimiro Castro hizo con sus litografías la crónica más completa de la vida mexicana, y Hesiquio Iriarte trazó sus retratos en *Los mexicanos pintados por ellos mismos*, el maestro Beltrán ha registrado tipos populares, situaciones callejeras, con una capacidad de síntesis poco común. Recuerdo su ilustración en los años 60 al poema "Avenida Juárez" de Efraín

Huerta, tan fresco y tan vigente como el propio dibujo del maestro. Atesoro desde mi adolescencia la narración que con sus imágenes hizo de *Las palabras perdidas* de Mauricio Magdaleno y de *Documentos, discursos y correspondencia* de Benito Juárez, reunidos por Jorge L. Tamayo.

El ejemplo del maestro Beltrán puede aplicarse a la mayor parte de los artistas estudiados en el libro. En mayor o menor medida, todos ellos son hijos de la Revolución. Vieron como una hoja en blanco un país que reclamaba ilustradores en el más amplio de los sentidos. Crearon una imagen de México para el mundo. Buscaron el sentido íntimo de la patria, como quería López Velarde, y evadieron la superficial estampa folclórica. Comprendieron que el dibujo, el grabado y la litografía eran los grandes democratizadores del trabajo artístico, y que su talento debía incorporarse a la enorme cruzada civilizadora que a partir de la segunda década de nuestro siglo transformó definitivamente a México. Rafael Alberti llamó al pincel "esbelto albañil de la pintura". Los artistas de este libro hicieron del lápiz el instrumento primario de su trabajo. Su lápiz es el apto y atento albañil que les permite construir un mundo más sólido que el lenguaje evanescente del grafito. Para demostrarlo, Ernesto de la Torre Villar nos ofrece esa aventura en una obra ejemplar, agradable y envidiable.

